

Me parece que lo que puede hacer interesante un volumen, como este primero de la "Colección *Contextos*", que reúne una multiplicidad diversa de estudios sobre temas históricos, en este caso la filosofía moderna y contemporánea, es que su lector puede experimentar en una pluralidad de perspectivas lo que para la Reina de *Alicia a través del espejo* era la gran ventaja del mundo que vive marcha atrás: que la memoria funciona en ambos sentidos. Angel Alvarez señala en su trabajo sobre Descartes que "decir que el futuro se deduce del presente y éste del pasado sería más correcto sustituirlo por que el pasado contiene ya el presente y el futuro". Tratar del pasado es, por consiguiente, tratar en alguna forma del presente y del futuro. Y ello no sólo porque, como decía Hume, "la humanidad es hasta tal punto igual a sí misma en todas las épocas y lugares, que la historia no nos informa de nada nuevo o extraño a este respecto... Del mismo modo que la tierra, el agua y los otros elementos examinados por Aristóteles e Hipócrates son semejantes a los que tenemos en la actualidad ante nuestros ojos, los hombres descritos por Polibio y Tácito lo son a los que gobiernan el mundo en la actualidad", sino también porque quien hace Historia trata acerca de aquello que fue con métodos que son de hoy, sin los cuales lo que fue no nos sería, tal vez, ni siquiera expresable, y, sin embargo, tales métodos se hallan involucrados ya en el propio curso de las ideas expuestas en las obras originales de los autores que fueron. La constancia de este hecho permite afirmar que hablar de lo que fue es también una forma de decir lo que será.

Reflexionar sobre diversos estudios llevando uno de ellos mi firma comporta algunos riesgos, entre ellos y para seguir con Lewis Carroll, aquel que puede ejemplificarse con el magistral cuento de *Alicia a través del espejo* que conocemos con el nombre de "la morsa y el carpintero". Mi estudio haría de morsa y carpintero, los otros seis de indefensas y riquísimas ostras dispuestas a ser devoradas por los principios que, válidos para el estudio de un autor determinado, se convertirían en los únicos adecuados para dar cuenta de aquello que caracteriza a lo moderno-contemporáneo expuesto en los distintos trabajos. Supongo que el lector, y posiblemente los autores, quedarían descorazonados ante semejante proceder, que les haría pensar que las reglas son, *¡una vez más!*, tales como si nos halláramos en un mundo en el que no existiendo el hoy, se come mermelada mañana y ayer, pero nunca hoy. De ello restaría solamente la paciencia, o tal vez la indignación. Intentaré que tales reglas no sean efectivas, y si han de serlo, pues reglas son, que no lo sean más que en algún grado, a ser posible el mínimo.

Lo que en este volumen comprende modernidad y contemporaneidad, comienza tímida y larvadamente -recuérdese el *larvatus prodeus* cartesiano- mostrando que es posible, por medio del uso de la razón, cuando ésta adquiere la forma de 'método', considerar un ámbito de entidades reales y verdaderas en sí mediante las cuales se puede dar cuenta explicativamente del orden del acaecer contingente. Consecuencia de ello debería haber sido la posibilidad de mostrar que lo contingente como tal no tiene más razón de ser que la de un orden de apariencias, dependientes del engaño de los sentidos, y que es la unidad de la razón la única que puede proporcionar, en base al perfeccionamiento de un instrumental matemático, suficiente y efectivo, la guía de investigación de toda experiencia posible.

La proclama cartesiana de la unidad de la razón no deja de manifestarse como una constante, de una y otra forma y en mayor o menor grado, en los diversos planteamientos de todos los trabajos recogidos en este volumen. Sólo que dicha unidad se mostrará no sólo como no reductora de todo aspecto posible, sino incluso como necesitada de reconstrucción en diferentes ámbitos. No es otra la problemática presente en Espinosa con la idea de *natura naturans* como lugar de la indefinición que lleva a considerar la noción de *natura naturata* bajo el concepto de una sustancialidad no monista. En Hobbes dicha problemática se presenta en la distinción entre cuerpos (movimientos) naturales y cuerpos (movimientos) artificiales de cuya consideración depende la racionalidad. En Hume es la distinción de los tres tipos de objetos, a la que obliga su crítica de la noción de sustancia única, lo que impone la reconsideración de la naturaleza de la unidad de la razón. De forma semejante, en Kant la existencia de residuos de la experiencia obliga a introducir la idea de alma o mente como idea reguladora que permite considerar la posibilidad de unidad racional (sistemática) de la experiencia interna. En Husserl es el problema que presenta la *Lebenswelt* el que exige la rectificación de un mundo ideal de esencias puras. En Engels son las tres leyes de la dialéctica, cuya formulación, siendo metateóricas, reclama su elaboración no sólo en el campo de las teorías de diversas ciencias, sino también en el de la empiria. De estas cuestiones tratan, correlativamente, los estudios de Angel Alvarez Gómez, Vidal Peña, Juan Ramón Alvarez, el mío propio, los de Fernando Montero Moliner, Jose M<sup>a</sup> García Gómez-Heras y Lorenzo Peña.

El progreso de la modernidad supone una rectificación fructífera del planteamiento cartesiano. De él se recoge la idea de que sólo por la razón es posible el conocimiento y explicación de todo aspecto. La duda cartesiana, duda inicial sobre los sentidos, conducía a este pensador a sostener como reductor el campo de unas entidades matemáticas cuyos axiomas pretenden tener valor absoluto, y cuyas

deducciones han de ser engarzadas de forma tal que, en beneficio de la evidencia absoluta, no sólo no quede resquicio a la falsedad, sino tampoco a la duda. El progreso del pensamiento conduce no a eliminar el ámbito de lo matemático, ni de lo físico-matemático a cuya constitución apuntaba ya Descartes como guía de investigación y fundamento de la razón, sino que lleva a dar paso cada vez más rigurosamente al problema de *límites*. Si ya Descartes señalaba la contingencia de toda aplicación matemática, la progresión en la modernidad muestra que la contingencia se da, también, en toda formulación. Por ello se tiende cada vez más a acentuar el concepto de *incertidumbre* que ganará progresivamente terreno al de duda, por atender éste menos a nociones de límites que exigen correcciones sucesivas, que a los objetos como totalidades. El desplazamiento efectivo de la noción de duda por la de incertidumbre es uno de los hechos que puede servir de indicador del paso, en la periodización histórica, de la Edad Moderna a la Contemporánea. El desplazamiento, no cabe duda, es gradual. Desde Descartes mismo se observa un tratamiento del conocimiento probable, que comporta problemáticas cercanas a la incertidumbre, que tendrá desarrollos posteriores más o menos acentuados en distintos autores -piénsese en Pascal, Hume, etc. Recoger de hecho y usar adecuadamente, en relación además con el mundo de la ciencia, la noción de incertidumbre sólo tiene lugar en los autores del siglo XX. Si dicho concepto es fundamental para dar cuenta del planteamiento husserliano en su crítica a la formalización de las ciencias, no lo es menos para el dialéctico de Engels -que roza ya este siglo-, una de cuyas leyes se enuncia como "el paso de la cantidad a la cualidad". En ambos autores se plantea ya la necesidad de prestar atención especial al carácter de lo *impreciso*, es decir, de aquello que, para emplear una analogía matemática, no es analizable por los métodos 'estándar' que conducen a la construcción de entidades ideales, abstractas, donde se supone que una fórmula es la forma misma de lo real descriptible. Negar la fórmula precisa no significa rechazarla, sino sustituirla por fórmulas infinitesimalmente próximas a la función 'estándar', que permitiendo determinarla, dan cuenta de la realidad propia del objeto que no es simplemente la de su apariencia como totalidad ante nuestros sentidos, que es lo que la fórmula 'estándar' refleja. Este contexto de ideas, que es el nuestro, repercute de hecho en los análisis de los estudios que integran este volumen.

*María Isabel Lafuente*